



La escritora irlandesa Mary Lavin

ABC

EL DESCUBRIMIENTO DE MARY LAVIN

Los relatos de Mary Lavin sorprenden por desconocidos y por retratar con retorcida precisión el **entorno cerrado de Irlanda**

En un café
Mary Lavin



Trad.: Regina
López Muñoz
Errata
Naturae,
2018
420 páginas
22 euros
★★★★

MERCEDES MONMANY

Hasta ahora desconocida en nuestro país, Mary Lavin (East Walpole, Massachusetts 1912-Dublin 1996) era quizá el único nombre entre los grandes escritores irlandeses del pasado siglo aún por rescatar. Espléndida y muy poco rutinaria cuentista, dentro del realismo, como sucede con esa maestra canadiense que es Alice Munro, Lavin fue anterior a la igualmente maravillosa Edna O'Brien, compatriota suya. Se puede decir que Lavin se abrió camino prácticamente en solitario, si exceptuamos a la legendaria Lady Gregory, fundadora con Yeats del no menos mítico *Abbey Theatre*, en un campo tradicionalmente dominado por los hombres.

Nunca se trató de una narradora convencional, de soluciones ni diálogos fáciles. Sus fulminantes, en ocasiones esquivos, y desconcertantes relatos del excelente volumen *En un café* muchas veces merecen dos lecturas, como ella misma pro-

pone, de forma sumamente original, en el magnífico cuento «El hijo de la viuda». Como hija de emigrantes en Estados Unidos, Mary regresó a Irlanda junto a su madre cuando tenía diez años. Más tarde, su padre se reuniría con ellas. Unos acontecimientos que narra en uno de sus mejores relatos autobiográficos, «Limonada».

Mentor literario

El primer relato de Mary Lavin aparecería en 1938. Su padre se lo llevó junto a otros de su hija al célebre autor de cuentos fantásticos Lord Dunsany, figura muy influyente en su época.

UN MUNDO PÉTREO, FANTASMAL, MEZQUINO, DE CLASES SOCIALES FÉRREAMENTE DIFERENCIADAS

Éste, deslumbrado, se convirtió desde entonces en su mentor literario. En ocasiones, sus cuentos, crueles, despiadados, ambientados en una dura e inclemente Irlanda rural, no exenta de recuerdos de hambrunas en el pasado, en la que los niños pobres del campo recorrían descalzos kilómetros para llegar a la escuela con los zapatos metidos en la cartera para no gastarlos, la acercaban al mundo igualmente habitado por atroces ráfagas y vendavales

ininterrumpidos de dolor e infortunio de otro excelente cuentista irlandés como fue John McGahern. Con frecuencia, Mary Lavin recrearía algo que conocía muy bien, al quedarse viuda tras el fallecimiento prematuro de su primer marido. Se trataba de la soledad de jóvenes viudas de su tierra a las que les estaba prohibido el expresar una sola idea u observación propia. La de Lavin en esos momentos se convertía en una descarnada sequedad estilística que, trazada con apenas dos o tres rápidas pinceladas, daba voz a unos abigarrados silencios, a una invisibilidad, a la que sometían a estas jóvenes solitarias. Los tabúes, los prejuicios y unas estrictas convenciones de raíz religiosa solo les permitían habitar en un único y sombrío reducto dominado por «la vergüenza».

Un mundo pétreo, fantasmal, ruin, mezquino, de clases sociales férreamente diferenciadas y de afectos reprimidos, enemigo de la espontaneidad y los placeres vividos en libertad, lleno de sombras y oscuridad, que se hacía visible en los relatos de Lavin a través de muertes, desapariciones, tumbas, cementerios y ausencias que dejaban un reguero angustioso de olvidos no resueltos. Un olvido que no acababa nunca de llegar y obligaba a los sobrevivientes de amores profundos y auténticos a llevar una vida semifantasmal. ■